Al final de la mesa larga

De un lugar en la mesa a un lugar en la vida de alguien



Laura Bellini

Al final de la mesa larga

De un lugar en la mesa a un lugar en la vida de alguien

Laura Bellini

ROMANS

ISBN: 9788384903506

ALL-IN Rafał Płonkowski



ÍNDICE

INTRO 4
Capítulo 1 - Las condiciones alrededor de una misma mesa 12
Capítulo 2 - El sabor de la confianza 24
Capítulo 3 - Cuando se agrieta la porcelana 36
Capítulo 4 - Fuera del horario de trabajo 47
Capítulo 5 - El derecho a decir que no 58
Capítulo 6 - Entre un aliento y el siguiente 68
Capítulo 7 - Lo que no nos dijimos 81
Capítulo 8 - Donde no hace falta fingir 91
Capítulo 9 - Doce plazas, una decisión 101
Capítulo 10 - Un lugar para dos 113
Capítulo 11 - Una mañana sin prisas 124
Capítulo 12 - El precio de una buena idea 134
Capítulo 13 - Las expectativas de los demás 145
Capítulo 14 - El peso de la verdad 156
Capítulo 15 - Una promesa hecha en nombre de los dos 167
Capítulo 16 - El lugar vacío 180
Capítulo 17 - Con mis propias manos 190
Capítulo 18 - El precio de recuperar la libertad 200
Capítulo 19 - Lo que realmente nos pertenece 212
Capítulo 20 - Un lugar en la mesa, un lugar en la vida 223

INTRO

Coloqué la primera silla exactamente a treinta centímetros de la pared. La segunda, un poco más cerca de la mesa, porque una de las tablas del suelo estaba desnivelada y no quería que nadie se tambaleara durante la cena. Con la tercera me detuve más tiempo. No porque tuviera nada de malo. Sencillamente, no conseguía decidir si debía ponerla frente a la ventana o dejarla entre las otras dos.

Sabía que era absurdo. Tenía treinta y seis años, mi propio taller de cerámica, un préstamo para pagar el horno cuya cuota mensual se encargaba de recordarme su existencia con más eficacia que cualquier despertador, y allí estaba, reflexionando sobre la posición de una silla como si mi futuro dependiera de ello.

En cierto modo, así era.

La larga mesa de roble ocupaba casi toda la parte central del taller. Se la había comprado a un carpintero de las afueras de Świdnica que se pasó media hora intentando convencerme de que el tablero era demasiado pesado para una mujer sola. Evidentemente, no pensaba cargarlo yo misma, pero me había gustado que pareciera uno de esos muebles que nadie podría mover con facilidad. Después de años trabajando en encargos ajenos, necesitaba algo permanente. Un lugar donde fuera yo quien decidiera qué se creaba, quién entraba y cuándo podía cerrar por fin la puerta.

Tras las ventanas, la lluvia de noviembre desdibujaba las colinas. El viejo taller de ladrillo se encontraba a las afueras de una pequeña localidad cercana a Wałbrzych. Antes había sido una carpintería. Ahora olía a arcilla, a madera, al calor

del horno y a un ligero aroma de romero que dejaba secar sobre la encimera de la cocina.

Coloqué el último plato sobre la mesa. Tenía el borde irregular y un esmalte del color del vino tinto oscuro. Bajo la luz de la lámpara, su superficie parecía casi aterciopelada.

Precisamente quería crear más piezas como aquella.

No vajillas encargadas en lotes de cien unidades idénticas. No juegos elegantes destinados a lucir bien en los catálogos. Quería hacer cerámica que alguien acariciara antes de probar el primer bocado, que reparara en el peso de un cuenco y en la línea imperfecta de su borde. Quería ver cómo mis piezas pasaban a formar parte de encuentros auténticos.

Por eso se me ocurrió organizar cenas.

Doce comensales alrededor de una misma mesa. Una vez al mes. Comida sencilla preparada allí mismo, conversaciones sin prisas y piezas de cerámica creadas especialmente para cada velada. La primera cena tendría lugar dentro de tres semanas.

En la lista de invitados ya había nueve nombres.

Solo me faltaba un cocinero.

El teléfono vibró sobre el alféizar de la ventana.

—Apolonia, por favor, contesta —dijo Marta antes de que me diera tiempo a saludarla.

Mi amiga tenía un talento especial para empezar las conversaciones por la mitad de los acontecimientos.

—Si llamas por las sillas, ya las tengo todas.

—Te llamo por un hombre que puede salvarte.

—No necesito que nadie me salve.

—Necesitas a alguien que cocine para doce personas, que no incendie tu cocina y que no te exija la mitad de los ingresos.

Deslicé un dedo por el borde del plato.

—En eso tienes razón.

—Se llama Wawrzyniec Maj. Tiene cuarenta y un años, es un cocinero excelente y trabajó en Wrocław. Ahora está desarrollando sus propios proyectos. He hablado con él. Está interesado.

—¿Qué significa exactamente «interesado»?

—Significa que estará en tu taller dentro de quince minutos.

Me enderecé de golpe.

—Marta.

—Antes de que empieces, te aviso de que le he enviado tu proyecto. Solo aquella descripción breve que preparaste tú misma.

—Habíamos quedado en que hablarías primero conmigo.

—Llevo cuatro días intentándolo. Y cada vez me dices que te las arreglas estupendamente.

Miré los nueve nombres escritos en la lista que había sujetado al tablón de corcho.

—Porque me las arreglo.

—Entonces considéralo una conversación con alguien que quiere conocerte profesionalmente.

—No me gustan las sorpresas.

—Lo sé. Por eso te he avisado con quince minutos de antelación.

Colgó antes de que pudiera responder.

Me quedé inmóvil un momento, con el teléfono en la mano. Llevaba seis meses construyendo aquel lugar a mi manera. Cada decisión había sido mía, desde el color de las paredes hasta el tipo de madera de las estanterías. Incluso cuando el dinero escaseaba, me reconfortaba saber que no tenía que convencer a nadie de nada.

Y ahora iba a entrar un desconocido para empezar a hablarme de una comida que yo no sabía preparar al nivel que esperaba ofrecer durante aquellas veladas.

No me gustaba depender de las habilidades de otras personas.

Sobre todo cuando de verdad las necesitaba.

Tuve tiempo de guardar la caja de cartón del último envío de esmaltes, lavarme las manos y arreglarme el cabello, que llevaba recogido de cualquier manera en la nuca, antes de escuchar unos golpes en la puerta.

Abrí.

El hombre que estaba en el umbral llevaba un abrigo oscuro, tenía el cabello húmedo y sostenía una bolsa de papel en una mano. No parecía alguien que hubiera venido a exhibir sus logros. Más bien tenía el aspecto de un hombre que regresaba del mercado y que, por el camino, había decidido comprobar si en aquella dirección existía realmente un taller.

—¿Apolonia Kłos? —preguntó.

—Sí.

—Wawrzyniec Maj. Marta dice que necesita usted un cocinero.

—Marta a veces confunde las necesidades con su propio entusiasmo.

Sonrió ligeramente.

—La conozco. Me dijo que tenía que ver su mesa sin falta.

Me aparté para dejarlo entrar. Se quitó el abrigo, sacudió cuidadosamente el agua de las mangas y solo entonces paseó la mirada por el taller.

No miró primero el horno ni las estanterías llenas de cerámica.

Observó la mesa puesta.

—¿Doce plazas? —preguntó.

—Exactamente.

Se acercó. Se detuvo junto a uno de los extremos del tablero, donde había dejado un cuenco solitario de una colección que todavía no había terminado.

—Es bonito —dijo.

—Gracias.

Levantó el cuenco, pero antes me miró, pidiendo permiso sin palabras. Asentí. Hizo girar la pieza entre los dedos, comprobó su peso y la acomodó en la palma con tanta naturalidad como si utilizara objetos semejantes todos los días.

—No es solo una cuestión de apariencia —observó—. Se adapta bien a la mano. Quien lo use querrá sostenerlo más tiempo del necesario.

Aquella fue la primera frase de la noche que consiguió sorprenderme.

—Eso era precisamente lo que buscaba —respondí.

—Entonces puede que acabemos entendiéndonos.

Dejó el cuenco exactamente donde lo había encontrado.

Solo entonces advertí que no tenía ninguna prisa por exponer sus propias ideas. Observaba atentamente, como si quisiera comprender aquel lugar antes de proponer cualquier cosa. Tenía una voz grave y tranquila, y unas pequeñas arrugas junto a los ojos que se acentuaban cuando sonreía. No era el tipo de hombre que ocupaba inmediatamente todo el espacio a su alrededor. Y, sin embargo, su presencia había cambiado algo en la habitación.

—¿Qué ha traído? —pregunté, señalando la bolsa.

—Pan. Queso. Peras.

—¿Para una entrevista de trabajo?

—Más bien para conversar alrededor de una mesa. No me gusta hablar de comida con el estómago vacío.

Me eché a reír antes de poder decidir si quería mostrarle simpatía.

Sacó una pequeña hogaza, dos trozos de queso y varias peras maduras. Lo dispuso todo sobre una tabla que le ofrecí. Cuando fue a coger el cuchillo, detuvo la mano.

—¿Puedo?

—Adelante.

Cortó el pan sin prisas, con movimientos precisos y económicos. No intentó convertir aquella sencilla tarea en un espectáculo. Me tendió la primera rebanada, cubierta con queso y una fina lámina de pera.

La probé.

El sabor era delicado, salado y dulce al mismo tiempo. Algo corriente y, sin embargo, inesperadamente intenso.

—Está bueno —admití.

—Me alegro. De momento no tengo nada más convincente que ofrecerle.

No se sentó hasta que le indiqué una silla. Eligió la del extremo de la mesa, junto a la ventana. El lugar que había dejado vacío durante todo el día, sin saber siquiera si debía haber una silla allí.

—Marta mencionó que tiene usted un plan muy detallado —dijo.

—Así es.

—Me gustaría conocerlo. Pero antes de empezar, quisiera saber una cosa.

Dejé el cuenco sobre la mesa.

—¿Qué cosa?

—¿Esta mesa está pensada para servir a su proyecto o a las personas que se sentarán alrededor de ella?

La pregunta no me gustó. No porque fuera descortés. Al contrario, la había formulado con serenidad, sin la menor intención de provocarme. Y, aun así, había rozado algo que no conseguía identificar de inmediato.

—Una cosa no excluye la otra —respondí.

—Eso espero.

Al otro lado de la ventana, la lluvia arreciaba. Wawrzyniec partió un trozo de pan y esperó mi respuesta como si de verdad le importara lo que tuviera que decir.

Contemplé al hombre al que no tenía ninguna intención de invitar y la silla que apenas una hora antes había pensado arrimar a la pared.

Por primera vez en mucho tiempo, sentí que alguien podía descubrir en mi plan algo que yo misma todavía no había sido capaz de ver.

Y fue precisamente eso lo que me pareció peligroso.

Porque, si le permitía quedarse en aquella mesa, ¿sería también capaz de hacerle un hueco allí donde, hasta entonces, no había dejado entrar a nadie?

Capítulo 1 - Las condiciones alrededor de una misma mesa

A la mañana siguiente encontré sobre el tablero de roble una hoja escrita con la letra característica de Wawrzyniec, ligeramente inclinada.

«Doce personas. Una cena. Ningún invitado que se sienta menos importante que los platos».

Debajo había añadido su número de teléfono y una breve frase: «Si todavía quieres hablar de colaborar, estaré allí el jueves a las diez».

Era jueves. Las nueve y diecisiete.

Me pregunté si debía interpretarlo como una muestra de seguridad en sí mismo o como un simple descuido. Wawrzyniec se había marchado tarde la noche anterior, después de casi dos horas de conversación durante las cuales habíamos tenido tiempo de discutir sobre el número de platos del menú, la temperatura de la vajilla y la conveniencia de servir la comida en piezas de cerámica que los invitados podrían comprar. Sin embargo, no habíamos llegado a ningún acuerdo definitivo. Yo solo había dicho que necesitaba pensar en sus propuestas.

Por lo visto, había supuesto que una noche sería suficiente para reflexionar.

El teléfono vibró antes de que pudiera decidir si llamarlo.

«Puedo llevar verduras para hacer una prueba. Solo necesito que me confirmes que no me echarás a la calle».

Sonreí sin poder evitarlo.

«No prometo nada. Ven a las diez».

Respondió casi inmediatamente.

«Me arriesgaré».

Dejé el teléfono y miré a mi alrededor. A la luz de la mañana, todo parecía diferente de como había estado durante su primera visita. Sobre las mesas de trabajo descansaban cuencos sin terminar, junto al fregadero se secaban los pinceles y, a través de la puerta entreabierta del almacén, se veían cajas llenas de arcilla. Aquel no era un lugar preparado para recibir clientes. Era mi espacio, con todo su desorden, su esfuerzo y sus imperfecciones, que no tenía intención de ocultarle a nadie.

A las diez en punto escuché un coche.

Wawrzyniec entró cargando dos cajas de verduras. Llevaba un jersey oscuro, las mangas remangadas y unos zapatos en los que todavía quedaban restos de barro. No parecía especialmente preocupado por estar cruzando por segunda vez el umbral de un lugar perteneciente a una mujer que aún no había decidido si quería trabajar con él.

—Buenos días, Apolonia —dijo.

Me detuve junto a la mesa.

—¿Ya nos tuteamos?

—Ayer me dijiste que no te gusta que te llamen «señora Kłos». Pensé que merecía la pena recordarlo.

No tenía preparada ninguna respuesta. Era verdad que se lo había dicho. También recordaba que detestaba el perejil añadido a todo únicamente para dar color. Me resultaba difícil decidir si tanta atención era encantadora o peligrosa.

—¿Y si no recuerdo haberte dado permiso para llamarme por mi nombre?

—Puedo empezar de nuevo.

—No hace falta.

Colocó las cajas sobre una superficie libre y sacó zanahorias, apio nabo, remolachas y varias calabazas pequeñas.

—Me gustaría comprobar cómo se comporta tu vajilla con la comida caliente.

—Mi vajilla se comporta perfectamente.

—Te creo. Quiero saber cómo se comporta la comida.

Me acerqué a la mesa y saqué una carpeta de anillas que había preparado con antelación. Contenía el programa de la primera cena, un menú de ejemplo, el presupuesto y el diseño de las invitaciones. Había dedicado a preparar aquellos materiales más noches de las que estaba dispuesta a reconocer.

—Antes de empezar a cocinar nada, tenemos que establecer las reglas —dije.

Wawrzyniec miró la carpeta y luego me miró a mí.

—Suena muy serio.

—Porque me lo tomo en serio.

—Yo también.

Abrí la primera página.

—Las cenas se celebrarán aquí. Doce personas, una vez al mes. Un único menú común, sin cambios improvisados a última hora. Cada encuentro estará relacionado con una colección de cerámica diferente. Los invitados tendrán la oportunidad de conocer el proceso de creación de las piezas y comprar algunos objetos seleccionados.

—¿Y la comida?

—Por supuesto que será importante.

—No te he preguntado si será importante. Te he preguntado qué lugar ocupará.

Levanté la mirada.

—No te entiendo.

Apoyó las manos sobre el borde de la mesa, manteniendo entre nosotros una distancia cómoda.

—Si invitas a la gente a cenar, la comida no puede ser únicamente una manera de mostrar tu cerámica. Las personas llegan con hambre. Traen sus historias, sus expectativas y, a veces, un mal día. Necesitan recibir algo más que una exposición cuidadosamente diseñada.

Sentí aquella conocida necesidad de defenderme. Durante muchos años había escuchado a clientes decir que mis piezas eran demasiado sencillas, demasiado irregulares o insuficientemente elegantes. Ahora alguien insinuaba que incluso en mi propio taller podía terminar convirtiéndolas en mera decoración.

—No estoy organizando una exposición —respondí con frialdad—. Quiero crear una experiencia que no se pueda encontrar en un restaurante.

—Entonces queremos cosas parecidas.

—No lo parece.

—Porque hemos empezado discutiendo quién debe controlar los detalles, en lugar de hablar de lo que queremos ofrecerles a los invitados.

Cerré la carpeta.

—Wawrzyniec, te conozco desde ayer. No puedo entregarte la mitad de este proyecto solo porque sepas preparar unos buenos bocadillos.

Se rio suavemente.

—¿Tan buenos estaban?

—No cambies de tema.

Su expresión se volvió seria.

—No te estoy pidiendo la mitad de tu taller. Te estoy pidiendo responsabilidad sobre mi propio trabajo. Si voy a preparar la comida, necesito libertad para diseñar el menú y derecho a decirte que una idea no funcionará.

—¿Y si no estoy de acuerdo con tu valoración?

—Lo hablaremos. Tú conoces la cerámica y yo conozco la cocina. No tenemos que fingir que los dos sabemos de todo.

No había condescendencia en su voz. Eso me irritaba más que si hubiera intentado imponerse. Habría sido mucho más fácil rechazar a un hombre arrogante. Wawrzyniec, en cambio, hablaba con tranquilidad y sus argumentos tenían sentido.

Durante unos instantes nos observamos por encima de la mesa.

—Tengo una condición —dijo finalmente.

—¿Solo una?

—Para empezar.

Crucé los brazos.

—Te escucho.

—Durante las cenas, nadie será tratado como un posible cliente de una tienda. Si alguien se interesa por la vajilla, estupendo. Pero no quiero que interrumpas una conversación sobre la comida para explicar cuánto cuesta un plato.

—No tengo intención de presionar a nadie para que compre nada.

—Te creo. Solo quiero que los dos sepamos dónde está el límite.

Por un momento tuve ganas de responder que los límites de mi taller los establecía exclusivamente yo. En lugar de hacerlo, abrí la carpeta y anoté su condición en el margen.

—De acuerdo. Pero entonces yo también pongo una condición. No cambiarás el carácter del evento sin hablarlo conmigo. Nada de cubiertos adicionales, productos patrocinados ni aumentar el número de invitados porque alguien importante quiera traer a sus amigos.

Wawrzyniec asintió.

—Justo.

—Y nada de trucos de restaurante.

—¿Qué entiendes por trucos?

—Humo, espumas, tres hojitas sobre un plato enorme y cinco minutos de explicación sobre por qué la ración es tan pequeña.

Me observó unos instantes y después soltó una carcajada auténtica.

—Entonces has dado con la persona adecuada. Detesto tener que explicarles a los clientes por qué deben quedarse con hambre.

Su risa cambió el ambiente. Me di cuenta de que había relajado los hombros. Aquello no significaba que hubiera dejado de estar alerta, pero por primera vez admití la posibilidad de que nuestra conversación pudiera conducir a algo más que intentar convencernos mutuamente de que teníamos razón.

Nos trasladamos a la zona de cocina del taller. Wawrzyniec pidió dos recipientes, un cuchillo y acceso al horno. No hizo comentarios sobre el equipamiento, aunque yo sabía que distaba mucho de ser una cocina profesional. Comprobó la temperatura del horno, examinó la encimera y preguntó dónde guardaba la sal.

—A la izquierda, en el armario —respondí.

Abrió la puerta correcta sin hacer más preguntas.

—¿Y por qué elegiste el color burdeos? —preguntó, señalando los platos.

—Porque me recuerda a la arcilla después de la primera cocción. Antes de que todo quede cubierto por el esmalte.

—¿Entonces no tiene nada que ver con el vino?

—No todo tiene que estar relacionado con la comida.

—Es verdad.

Su respuesta fue tan sencilla que lo miré con desconfianza.

—¿No vas a discutir?

—No por todo.

Trabajaba con soltura. Cortó las verduras, las distribuyó sobre una bandeja y mezcló aceite de oliva con sal y hierbas aromáticas. Al cabo de un rato me tendió una cuchara y me pidió que probara la salsa que había preparado.

Estaba demasiado ácida.

Se lo dije sin rodeos.

—Lo sé —respondió—. Quería comprobar si te dabas cuenta.

—¿Me estás poniendo a prueba?

—Estoy comprobando cómo hablas de algo que no te gusta.

—Podrías haberme preguntado directamente.

—Entonces me habrías dicho que siempre eres sincera.

Le devolví la cuchara.

—Empiezo a entender por qué trabajas por tu cuenta.

—¿Porque es difícil aguantarme?

—Porque ninguna persona sensata querría ser tu jefe.

Me miró con aprobación.

—Eso ya me lo han dicho unas cuantas veces.

Mientras las verduras se asaban, distribuimos sobre la mesa varias combinaciones de vajilla para hacer pruebas. Wawrzyniec movía los platos, comprobaba las distancias y observaba la luz que caía sobre el esmalte. En un momento dado retiró de la mesa una de mis fuentes más grandes.

—Dejemos esta en el centro.

—¿Por qué?

—Porque obligará a la gente a pasarse la comida unos a otros.

—¿Y si a alguien no le gusta compartir?

—Entonces pasará la fuente al siguiente. Eso también es una forma de encuentro.

Observé sus manos. Eran anchas, con una pequeña cicatriz junto al pulgar. Se movía con seguridad, pero trataba mis objetos con cuidado. Cuando dejó la fuente en su sitio, comprobó primero que debajo no hubiera quedado ningún grano de sal que pudiera rayar el esmalte.

Aquel pequeño detalle me conmovió más de lo que quería admitir.

—¿Siempre eres tan meticuloso? —pregunté.

—No. Solo cuando algo importa.

—¿Así que la fuente importa?

Me miró.

—El trabajo de otra persona importa.

Aparté la mirada hacia la ventana. La lluvia había cesado y entre las nubes aparecía una estrecha franja de luz. Durante unos instantes no supe qué contestar. Wawrzyniec no aprovechó mi silencio. Regresó al horno y comprobó las verduras.

Por la tarde nos sentamos frente a frente para probar el plato que habíamos preparado. La calabaza asada tenía los bordes ligeramente dorados y la salsa, corregida con un poco de miel, resultó ser exactamente lo que necesitaba. Sobre mi plato burdeos, los colores parecían intensos, pero naturales.

—Esto podría ser el primer plato —dije.

—Podría.

—¿Otra vez tienes alguna objeción?

—Tengo una idea. Añadiría algo crujiente. Pero antes quiero saber qué opinas tú.

Probé otro bocado.

—¿Frutos secos?

—Demasiado evidente.

—¿Trigo sarraceno tostado?

Detuvo el tenedor.

—Precisamente por eso merece la pena trabajar contigo.

No estaba preparada para recibir un cumplido expresado de aquella manera. Sin un exceso de cordialidad, sin esperar agradecimiento. Simplemente consideraba buena mi idea.

Unos minutos después sonó su teléfono. Alcancé a ver el nombre «Horyzont» en la pantalla antes de que girara el aparato.

—Perdona. Tengo que atender esta llamada.

Salió al exterior. A través del cristal lo vi hablar bajo el pequeño tejadillo y después quedarse mirando la pantalla durante un buen rato. Cuando regresó, parecía tan tranquilo como antes, aunque guardó el teléfono en el bolsillo con mayor rapidez.

—¿Todo bien? —pregunté.

—Un asunto de trabajo. Nada de lo que tengas que ocuparte ahora.

No insistí. No nos debíamos nada más allá de una conversación honesta sobre una posible colaboración.

Hacia el final de nuestro encuentro anoté en mi cuaderno tres posibles platos y una lista de lo necesario para la primera cena. Wawrzyniec me dio sus estimaciones de los costes de los ingredientes y yo le mostré el presupuesto que no quería superar.

—No es muy grande —admití.

—Será suficiente si somos razonables.

—No quiero hacer nada a medias.

—No tenemos por qué hacerlo. Una cena pequeña no es una versión inferior de un gran restaurante.

Lo miré por encima del cuaderno.

—¿De verdad lo crees?

—Si quisiera dirigir un restaurante grande, ahora mismo estaría buscando un local. Y, sin embargo, estoy aquí, hablando contigo sobre doce platos.

Había algo en sus palabras que todavía no sabía reconocer. ¿Deseo de sencillez? ¿Cansancio de su trabajo anterior? ¿O tal vez un simple cálculo profesional? No lo conocía lo suficiente para preguntárselo.

Cuando estaba recogiendo sus cosas, lo detuve junto a la puerta.

—¿Wawrzyniec?

Se volvió.

—¿Sí?

—Quiero intentarlo. Contigo.

Me miró unos instantes sin sonreír, como si quisiera asegurarse de haberme oído bien.

—¿Bajo qué condiciones?

—Prepararemos juntos la primera cena. Si ambos consideramos que funciona, hablaremos de todo el ciclo. No prometo nada por adelantado.

—Sensato.

—Y no te permitiré cambiar todos los muebles de sitio.

—¿Ni siquiera si encuentro un lugar mejor para la mesa?

—Especialmente en ese caso.

Sonrió.

—Entonces tendré que aprender a trabajar con lo que tengo.

Mantuvo la mirada sobre mi rostro un poco más de lo que exigía la conversación. No había nada invasivo en ella. Más bien un interés que no intentaba ocultar. Sentí que podría haberle correspondido de la misma manera, pero todavía no quería descubrir adónde nos conduciría.

—Hasta pronto, Apolonia.

—Hasta pronto.

Cerré la puerta tras él y regresé a la mesa.

Sobre el tablero habían quedado dos platos, dos vasos de agua y un pequeño cuenco con el trigo sarraceno tostado que habíamos preparado para la prueba. Por primera vez en muchos meses, mi proyecto ya no era exclusivamente mío.

Debería haberme sentido inquieta.

En cambio, me senté en la silla del extremo de la mesa y me comí el último trozo de calabaza, preguntándome cuándo volvería a escuchar su voz.

Capítulo 2 - El sabor de la confianza

El viernes por la mañana recibí un mensaje de Wawrzyniec con la lista de compras necesarias para la primera prueba del menú. No había comentarios innecesarios ni alardes profesionales. Junto a cada producto había indicado un precio aproximado y, al final, había añadido: «Si algo supera el presupuesto, cambiaremos el ingrediente, no la calidad».

Leí aquella frase varias veces.

En mi trabajo anterior, la palabra «compromiso» casi siempre había significado que alguien quería pagar menos y obtener exactamente lo mismo. Wawrzyniec parecía entenderla de otra manera. Como la búsqueda de una solución que no exigiera fingir que las limitaciones no existían.

Le respondí que aceptaba la mayoría de sus propuestas, pero que necesitábamos hablar de su remuneración y de la responsabilidad de organizar la velada.

Me llamó diez minutos después.

—Podemos vernos esta tarde —propuso—. Fuera del taller. Me gustaría enseñarte el lugar de donde obtengo algunos de mis productos.

Vacilé.

—¿Es necesario?

—No. Pero puede ayudarte a entender cómo trabajo.

—¿Dónde?

—En una pequeña explotación agrícola cerca de Świdnica. Los propietarios también tienen una tienda de